

*Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*

Adriana Petra. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017. 441 pp.

Las referencias a la experiencia de los intelectuales comunistas estuvieron mucho tiempo atravesadas por miradas atentas a las dimensiones autoritarias o totalitarias del stalinismo. En ese marco, los artistas e intelectuales comunistas aparecían como personalidades imposibilitadas de establecer márgenes de autonomía respecto de un régimen que buscaba definir los sentidos y la orientación de la vida cultural. Esa perspectiva estuvo presente en buena parte de la producción historiográfica, pero también en diversos textos literarios que, luego de la muerte de Stalin, y posteriormente, tras la caída del bloque soviético, aportaron los tonos dramáticos de la evocación de la experiencia. Sin ser exhaustivos en las referencias, podríamos mencionar algunas obras muy leídas como *La Broma*, de Milan Kundera, o las más recientes *El Ruido del tiempo*, de Julian Barnes, o *El hombre que amaba a los perros*, de Leonardo Padura, en donde las expresiones artísticas o las producciones intelectuales son aplastadas hasta la angustia, la persecución, el castigo, el ostracismo y la muerte. Esta producción literaria retoma la estela de miradas sobre el comunismo centradas en sus aspectos y momentos totalitarios, que se proyectaron en un análisis sobre el movimiento y la cultura política comunista que, o estaba sometida a las lógicas centralizantes del régimen, o las reproducía, si no en el terror y la persecución, en una estructura monolítica que subordinaba las acciones individuales a las lógicas del Partido Comunista. Dentro de estas aproximaciones, el escaso margen de acción de las figuras intelectuales que sostenían su adhesión al comunismo los situaba como meros traductores de un universo de representaciones construidas bajo la autoridad de una causa superior, a veces con el nombre de socialismo, y más frecuentemente con la forma definida en la experiencia de la URSS.

En las últimas décadas, sin embargo, los estudios sobre el comunismo han podido desplazarse de esas representaciones y construir nuevas aproximaciones atentas a las distintas experiencias, a los debates y a las particularidades de las militancias y de los partidos comunistas, que no siempre se resumen en el disciplinamiento a las líneas definidas por un órgano superior soviético. Esa ampliación de los horizontes analíticos y reflexivos sobre los comunismos ha permitido incorporar a la agenda de investigación distintas temáticas surgidas de aproximaciones a biografías de militantes, o experiencias del variado universo de acciones inscriptas en la identidad comunista.

Dicha renovación, sin embargo, no implica desconocer una tensión constitutiva de la cultura comunista respecto del lugar de los intelectuales y su relación con el Partido. El libro de Adriana Petra toma como punto de partida, justamente, la compleja ubicación de la figura del intelectual en el universo de la cultura política comunista. ¿Cuál fue el grado de autonomía de los intelectuales comunistas dentro de una cultura política atravesada por los lineamientos establecidos por el Partido? ¿Qué tensiones atravesaron los intelectuales en el comunismo?

La reconstrucción que propone la autora se asienta sobre una definición del intelectual comunista que atraviesa las distintas experiencias a lo largo de buena parte del siglo xx. Al comienzo del libro lo describe como un personaje «propenso a la paradoja». Hay allí una tensión desplegada a partir de los principios y valores universales en los que se inscribe la práctica cultural comunista, heredera del iluminismo y potenciada frente a la amenaza del fascismo. Esas tradiciones que apostaban fuertemente por la producción literaria y la cultura escrita y que le asignaba un lugar relevante a los intelectuales, convivían con una exigencia de subordinación a lógicas impuestas por lineamientos establecidos fuera del mundo de la cultura. Es que, tal como menciona la autora, la codificación de Zhdánov sobre la producción cultural que consagró las líneas del realismo socialista, fue el punto de llegada de una tendencia a reducir a los intelectuales a meros transmisores de una idea política que hizo del marxismo-leninismo una ortodoxia, y que al mismo tiempo obligaba a los intelectuales a asumir una dependencia de la dirección proletaria, que tendía al borramiento de la especificidad del intelectual.

La autora propone seguir esas tensiones a través de las discusiones que se dieron entre algunos actores específicos o iniciativas puntuales. Esos itinerarios le permiten dar cuenta de cómo la tensión fue constitutiva de los posicionamientos e iniciativas de los intelectuales comunistas. Si bien la tendencia a la asimilación/subordinación a las lógicas impuestas por el Partido estuvo presente entre algunos intelectuales, el recorrido que propone Petra permite adentrarse en un conjunto de debates en donde la paradoja emerge como un espacio productivo de creación cultural, de diálogo crítico con las tradiciones nacionales, y de iniciativas que buscaron responder de distintas maneras a los desafíos del lugar de la cultura comunista en el escenario de posguerra. En esos itinerarios pareciera relevante la experiencia previa al período en el que se concentra el trabajo, y al que la autora le dedica un importante espacio en el capítulo inicial. Durante buena parte de la década del veinte y fundamentalmente a partir de la consolidación del espacio antifascista, el protagonismo de los intelectuales comunistas dentro de experiencias frentistas y abiertas al diálogo con distintos actores permitió asentar una práctica que marcaría fuertemente las trayectorias

posteriores. Las experiencias dentro del campo antifascista conformaron una escena con una gravitación particular para muchos intelectuales, y para la autora fueron el marco de posibilidad de recorridos como el de Raúl González Tuñón o Aníbal Ponce. Allí se produjo una conexión con diversas expresiones del campo cultural, fuertemente atravesado por el modernismo y las vanguardias artísticas, y definido en buena medida por las tradiciones liberales, que conformaron marcas identitarias y principios de referencia para el lugar de los intelectuales, que funcionarían como elementos reactivos a la imposición de lógicas disciplinantes sobre el sentido y el carácter de la producción artística. Esa herencia, para Petra, aparece constantemente en los espacios que congregaron a los intelectuales comunistas y se pone de manifiesto en las tensiones frente al peronismo, pero también ante el antiliberalismo y anticosmopolitismo que marcaron las posiciones del comunismo contra el imperialismo norteamericano en el contexto de la Guerra Fría. Petra reconstruye ese lugar a través de una figura intelectual clave en el libro: Héctor Agosti. La relevancia de esta personalidad refiere a su participación en muchas iniciativas y fundamentalmente en la publicación *Cuadernos de Cultura*, pero su protagonismo en el estudio de Petra se vincula con que su trayectoria resume de una manera bien marcada esa tensión constitutiva del intelectual comunista y de su experiencia en Argentina. Agosti ocupa un lugar central en la investigación porque conecta dos momentos de la producción intelectual incorporando, sin eludir, las tensiones y desafíos de cada escenario. Podríamos decir que a través de Agosti la herencia del antifascismo se conecta con la apertura hacia nuevas referencias teóricas del marxismo en los sesenta, cuya expresión más acabada es la revista *Pasado y Presente*. Agosti sintetiza el «drama» del intelectual comunista. Heredero de la apertura de la experiencia antifascista, asume de forma compleja el acercamiento al peronismo que el partido propone en 1952, e interviene en la crítica a la tradición liberal, sin correrse hacia el espacio del nacionalismo. Agosti oficia de articulador de la recepción de la renovación del marxismo a través de la experiencia del comunismo italiano, y abre el camino a la generación cuyos referentes serán Juan Carlos Portantiero y José Aricó, que propiciarán un giro hacia nuevas corrientes, principalmente a través de la influen-

cia gramsciana en *Pasado y presente*. Sin embargo, como síntesis de la tensión a la que referimos, Agosti decide no romper con el Partido y reniega de las variantes y trayectorias que comenzarán a definir los nuevos y jóvenes intelectuales, que serán expulsados.

En la centralidad que el estudio de Petra le otorga a Agosti dentro del universo de intelectuales e iniciativas hay una apuesta política que consiste en la reivindicación de una figura que condensa esa tensión constitutiva del intelectual comunista. Lo que se destaca en Agosti es que en la forma de transitar esa tensión, aporta una experiencia fundamental a los debates sobre la política y la cultura en Argentina. Agosti (y el comunismo en Argentina) recuperan así un carácter dinamizador del espacio político-cultural a través de la recepción de distintas variantes del marxismo, y de las tensiones con la codificación soviética del marxismo leninismo. Así, los itinerarios que propone la autora conforman un capítulo fundamental de los aportes del comunismo a las disputas, las luchas y los debates en la política y la cultura en Argentina.

Si hasta aquí mencionamos las hipótesis fundamentales del libro y algunos de los recorridos que propone, debemos subrayar que ese ejercicio está sustentado en un trabajo de investigación sólido que se inscribe entre las mejores producciones del campo de la historia intelectual. La escala de la investigación, las redes transnacionales que reconstruye y el recorte cronológico que propone, conforman una apuesta hacia una perspectiva que se aleja de los objetos microscópicos o los estudios de casos. El libro de Adriana Petra podría haber sido una biografía intelectual de Héctor Agosti, y no hubiese estado mal ese formato de la investigación. Pero hay una apuesta más ambiciosa para inscribir esa trayectoria dentro de redes, actores y debates más amplios. Es que la investigación de Adriana Petra es, sin dudas, una contribución insoslayable a la Historia Argentina. Una contribución que repone el lugar que tuvieron los intelectuales comunistas, y que se aleja de los reduccionismos que atendían solo a la disciplina o al terror en la experiencia de los intelectuales.

Leandro Sessa

Universidad Nacional de La Plata